

MAUTHAUSEN liberado, 6 de mayo de 1945.
Arriba, pancarta española en honor de los aliados.



LOS ESPAÑOLES DEL TRIÁNGULO AZUL

Casi 7.200 españoles pasaron por Mauthausen. Dos de cada tres no regresaron. Las fotografías de dos de los supervivientes acreditarían las atrocidades nazis.

JOAQUÍN ARMADA DÍAZ, HISTORIADOR Y PERIODISTA



DESINFECCIÓN GENERAL de los prisioneros en Mauthausen el 21 de junio de 1941.

Juan está enfadado con su madre. ¿Por qué no quiere salir del campo? “¡Tenemos que ir, por favor!”, dice ilusionado por poder viajar a Holanda y tener, por fin, una casa propia. Como la familia Paredes, casi dos mil españoles viven en el campo de Les Alliers, en las afueras de Angulema. Son refugiados, son republicanos, son vencidos. Huyeron a Francia en los meses finales de la Guerra Civil que han perdido. Pese al duro recibimiento de las autoridades francesas y los recelos de los vecinos de los pueblos que les acogen, no quieren volver. Saben que tras la guerra no ha llegado la paz, sino la victoria del dictador. El 7 de junio, en el campo hay 605 mujeres, 442 hombres y 412 niños. Dos meses después, a Les Alliers ha llegado otro medio

millar de españoles. La mayoría, jóvenes que han fortificado un frente que apenas resiste unos días el avance nazi. “Los alemanes dejaron que fuéramos entrando en el campo igual que se pone una red para pescar”, recuerda Félix Quesada. La madre de José Paredes duda, pero el dueño del restaurante donde trabaja la convence: “No, señora Paredes, no vayan. Es mejor que se quede aquí con sus hijos”. Esa noche, la del 19 de agosto de 1940, Juan duerme envidiando a sus amigos. Ignora la buena suerte que su familia ha tenido.

El convoy de los 927

El 20 de agosto de 1940, 927 españoles embarcan en un tren de ganado en la estación de Angulema. Tardará años en conocerse, pero es el primero de miles de trenes

infames que recorrerán la Europa conquistada por los nazis. “Era un vagón destinado hasta entonces a transportar bestias”, cuenta Fermín Arce. “Tú de allí no podías salir ni para hacer las necesidades. ¿Tú sabes lo que es eso?”, recordará 60 años después María Luisa Ramos a los periodistas Montse Armengou y Ricard Belis. En ese espacio oscuro, destinado a transportar a ocho caballos, se apiñan unos cuarenta refugiados. “Al encerrarte en el vagón [...] hacían de ti lo que les daba la gana. Perdías toda identidad, ya no tenías nombre, eras solo un número”, recuerda Jesús Tello. De momento, lo que han perdido han sido sus maletas, con su ropa y los recuerdos que lograron salvar en su huida de España. No las necesitaréis, les dicen los soldados alemanes mientras les hacen subir a los vagones.

“Cuando nosotros les decíamos: ‘¿Adónde vamos?’, ellos decían: ‘Vamos a España, pero hay que dar la vuelta por el norte porque está todo bombardeado’. Un cuento terrible –recuerda Félix Quesada, que entonces solo tenía trece años–, ¡nos camelaron bien!”. Aún hoy se ignora el recorrido exacto del tren. Encerrados en los vagones de ganado, los supervivientes solo recuerdan la parada en una gran ciudad alemana cuyo nombre nadie parece conocer. Un respiro en un viaje de más de tres días, sin apenas comida ni agua. “En el tren había gente con chiquillos prácticamente recién nacidos, de un año, de dos... En mi vagón, no –admite Jesús Ramos–, pero en otros muchos niños murieron”. El 24 de agosto, el tren llega por fin a su destino. Asomados por los ventanucos de ventilación, algunos refugiados ven el nombre de la estación: Mauthausen. Durante casi cinco horas, el tren permanece aparcado en una vía muerta. Hasta que por fin se abren las puertas. En esas cinco horas, se ha decidido el destino del casi millar de españoles: las mujeres y los niños no se pueden quedar en

ENCERRADOS EN LOS VAGONES DE GANADO, HACEN UN VIAJE DE MÁS DE TRES DÍAS SIN APENAS COMIDA NI AGUA

el campo. Decenas de familias quedan rotas para siempre, como los Ramos. “Mi madre, que era muy valiente y un cacho mujer –contará María Luisa Ramos–, abrazaba fuerte a Galo. El oficial de las SS fue a coger a mi hermano, que estaba pálido y aterrorizado, y ella le decía: ‘¡Es muy pequeño!’. Y con la mano intentaba demostrar que era bajito”. Pero el gesto de Anselma no convence al militar alemán, que le arrebató a su hijo. Galo ingresa en Mauthausen, junto a su hermano Manolo y el padre de ambos. Como Galo, otros 55 adolescentes son internados en el campo. Félix Quesada, que viste pantalón largo y es alto para su edad, es el más pequeño. “En la fila yo les hacía con los dedos que tenía 13 años, pero no me hicieron caso”. Desde el andén, Franz Ziείς, el director

La complicidad de Franco

■ EL 1 DE SEPTIEMBRE DE 1940, el convoy de Angulema llega a Irún, repleto de madres sin hijos, de esposas sin maridos, de hijas sin padres. Solas, con sus maridos presos en Mauthausen, comenzaba para estas mujeres una durísima posguerra. Las cartas de los suyos tardaron años en llegar, cuando lo hicieron. ¿Ignoraba el gobierno de Franco el sufrimiento de los republicanos de Mauthausen? “El Gobierno español no tenía conocimiento, en los años 1941 y 1942, de las atrocidades que los nazis llevaran a cabo en los campos de concentración”, escribió en 1977 Ramón Serrano Suñer (abajo). Pero el

entonces ministro de Asuntos Exteriores sí supo en 1940 que cientos de españoles estaban en Mauthausen. “Alguien me lo dijo en el avión de ida [a Berlín, donde se reunió en septiembre con Ribbentrop, ministro de Exteriores de Hitler]. Los nazis me dijeron que no eran españoles, sino gente que había combatido contra ellos en Francia”, aunque sobre sus triángulos azules de apátridas llevasen la S de *Spanien*. Solo dos chicos, Fernando Pindado y Joan Baptista Nos, fueron repatriados gracias a las gestiones del ministerio que dirigía Serrano. Franco se desentendió del destino mortal del resto.

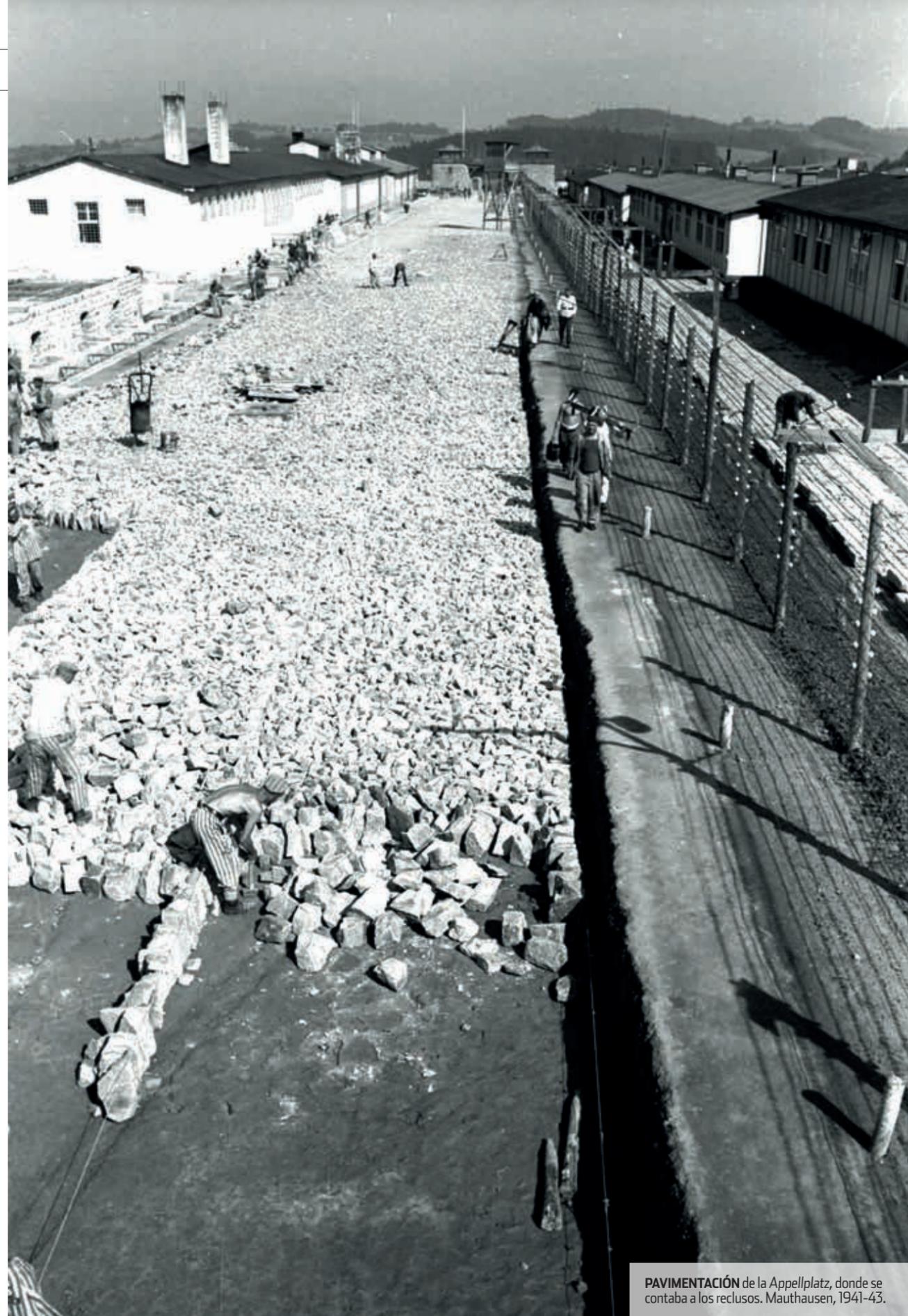


del campo, supervisa la llegada de los españoles. Elige quién vive, quién muere. De los 490 hombres y chavales que desembarcan del tren, 60 son mutilados de la Guerra Civil. No ingresan en el campo: los ejecutan esa misma tarde. Entre llantos, las mujeres ven cómo se llevan a sus maridos, a sus hijos, a sus hermanos. “Entre las rejas veíamos cómo subían de tres en tres para arriba y nos decíamos: ‘¡Van a volver, van a volver!’. Pero no volvieron”, recuerda Dolores Martínez Maza. “Nos hicieron subir a culatazos la cuesta de cuatro kilómetros entre la estación y el campo. Por el camino yo iba rompiendo las fotografías que tenía, el carnet de aviador [...] tenía una estrella roja de cinco puntas –recuerda Eusebio Pérez–. Si te encontraban eso estabas muerto”. En el campo les

esperan otros 392 españoles. Todos hombres adultos, que han llegado el 6 de agosto. Son ellos los que les enseñan que, si se acercan demasiado a la alambrada, la fuerza de la electricidad les atrapa. Son ellos los que les explican que el triángulo azul que prende de su traje de rayas indica que ya no tienen patria, pese a la gran S blanca que lo cruza: la S de *Spanien*.

“Caricaturas de Sísifo”

El 28 de agosto de 1940, José Marfil Escabona muere en el barracón de cuarentena. Es el primero de los 4.761 españoles que fallecerán en Mauthausen. El anarquista Julián Mur Sánchez, anarquista de la CNT, pide a Georg Bachmayer, el jefe de seguridad del campo, guardar un minuto de silencio. Sorprendido, Bachmayer, que usa



PAVIMENTACIÓN de la Appellplatz, donde se contaba a los reclusos. Mauthausen, 1941-43.

© MHC-Fondo Amical de Mauthausen.

a su perro Lord, mezcla de dóberman y gran danés, para despedazar a los prisioneros, accede. “Nadie había formulado antes una petición semejante”, escribe el historiador David Wingate Pike. No volverá a repetirse. Pronto, la muerte los rodea. “Oíamos a muerte, pensábamos constantemente en la muerte y convivíamos con la muerte –escribe Lope Massaguer en *Mauthausen, fin de trayecto* (1977)–. La temíamos mucho menos que al dolor o a las humillaciones, era nuestra compañera, nuestra amiga y, a veces, nuestra única posibilidad de escapar. Un compañero del campo llegó a contabilizar 35 maneras diferentes de morir en Mauthausen. Ninguna de ellas era tan horrible como la producida por el agotamiento transportando piedras por la cantera”. Todo el campo gira alrededor de esta mole de granito de la que proceden las piedras que convierten el campo en una fortaleza.

SEGÚN QUESADA, “CADA PIEDRA DEL MURO QUE CIERRA MAUTHAUSEN ESTÁ FIRMADA POR LA SANGRE DE UN ESPAÑOL”

“Cada piedra del muro que cierra Mauthausen está firmada por la sangre de un español”, afirma Félix Quesada. Para extraer las piedras, los internos descienden por una escalera irregular, 186 peldaños que suben y bajan una y otra vez, con rocas de más de veinte kilos, calzados con incómodos zapatos de madera. “Llegar al final –escribe Lope Massaguer– solo significaba tener que comenzar nuevamente. Los nazis nos habían convertido en caricaturas de Sísifo. Éramos unos Sísifos demacrados, esqueléticos y atormentados cuyo castigo tenía como final el crematorio”. Para los más jóvenes, el trabajo físico es durísimo. Para los mayores de cuarenta, mortal. Sus cuerpos se consumen. Necesitan 3.500 calorías al día, pero su dieta no supera las 1.500; a veces, apenas el millar. “Pasábamos todo el día pensando cómo encontrar una patata, una zanahoria o algo”, recuerda Cristóbal Soriano al periodista Carlos Hernández. Juan de Diego atribuirá su supervivencia a resistir la tentación de cambiar su sopa

LOS PEORES ENEMIGOS

Con demasiada frecuencia, los *kapos* españoles fueron la pesadilla de sus compatriotas reclusos en Mauthausen.

■ **COMO TODOS LOS** campos, Mauthausen funcionó gracias al trabajo de los *kapos* (el hombre que vemos abajo a la izqda. fue seguramente uno de ellos), prisioneros que mandaban a otros y que, a menudo, superaron en maldad a los guardianes de las SS. Aunque no todos eran crueles o asesinos, los supervivientes recuerdan los nombres de varios *kapos* españoles que se convirtieron en los carceleros más terribles. “Se sabe más de los *kapos* españoles que de todos los demás –escribe David Wingate Pike–, y existe una razón para ello. Los españoles fueron el único grupo nacional que persiguió a sus compatriotas por los crímenes

que cometieron como *kapos*, haciéndolo pagar muy caro”. Varios, como Enrique Tomás Urpí y el Tirillas, fueron ejecutados durante la liberación del campo, cuando algunos presos se tomaron la justicia por su mano. Trabajaban a las órdenes de uno de los *kapos* españoles más infames: Indalecio González González. *Oberkapo* en Gusen, el Asturias fue uno de los seis *kapos* españoles juzgados en la inmediata posguerra. Fue sentenciado a muerte, al igual que José Pallejà, el Negus, otro de los republicanos que se traicionaron a sí mismos y se transformaron en los peores enemigos de los españoles de Mauthausen.



© MHC-Fondo Amical de Mauthausen.

por cigarrillos, como hacían algunos de sus compañeros. Muchos años después, José Alcubierre, uno de los adolescentes del convoy de los 927, recordará emocionado cómo se escondía cada mañana para evitar que su padre le entregara el mendrugo de pan de su desayuno. “Yo le veía cada día subir de la cantera agotado, con la edad que tenía, agotado... Y cuando llovía le veía

empapado, calado hasta los huesos”. Como él, Ramiro Santiesteban también está internado con su padre. No trabajan juntos “... porque si uno hubiera visto que le pegaban al otro, no sé cómo hubiéramos reaccionado”. Varios padres e hijos son ejecutados cuando uno de ellos sale en defensa del otro ante el abuso de algún guardián o *kapo*. “Así, en cambio –continúa

EL DAÑO DEL IMPOSTOR

■ **“¿QUÉ, PEPE, OTRA VEZ** estás en Mauthausen?”. Cada vez que José Alcubierre se quedaba pensativo en su jardín, su esposa intuía que volvía a ser el adolescente al que los SS separaron de su padre para siempre. Sin los testimonios de supervivientes como él, no podríamos acercarnos al horror de Mauthausen. En la ardua labor de lograr que sus recuerdos no se perdiesen, la Amical de Mauthausen ha fomentado trabajos de investigación, realizado homenajes y ayudado a los docentes a enseñar la experiencia de los casi 10.000 españoles deportados a los campos nazis.

■ **FUNDADA EN LA** clandestinidad en 1962, fue legalizada en 1978 y ha logrado sobrevivir a la crisis existencial que sufrió tras descubrirse que su presidente, Enric Marco (abajo), era un impostor. “Vengo con la orla de la supervivencia”, dijo Marco el 27 de enero de 2005 en el Congreso. Si Benito Bermejo no hubiera denunciado su impostura, Marco habría dicho lo mismo en Mauthausen, en el 70 aniversario de su liberación. Fue este historiador quien lo impidió, al denunciar que Marco nunca estuvo en el campo de Flossenbürg, como presumía, y que, en realidad, fue trabajador voluntario en la Alemania nazi.



OBRAS del muro que cercaba el campo interior por el lado sur. En primer plano, dos españoles, c. 1943.

Santesteban—, cuando nos veíamos en la barraca, mi padre me preguntaba: ‘¿Qué, cómo has pasado el día? ¿Te han pegado?’. Y yo, aunque hubiera recibido leña, le decía: ‘No, no, he tenido un día muy tranquilo’. Se lo tragaba o no, porque no era tonto, pero así íbamos pasando”. Salvo excepciones, los españoles, coinciden historiadores y supervivientes extranjeros, se ayudan entre ellos. “Eran los mejores. Se mantenían juntos, compartían cuanto tenían”, afirma Joseph Haber, superviviente polaco. Ningún otro colectivo colocó a tantos de los suyos en puestos alejados del trabajo mortal en la cantera: ordenanzas, zapateros, carpinteros, cocineros... Gracias a una escoba, el adolescente Lázaro Nates salva su vida: “En cierta manera, a ese empleo [limpiar su barracón] le debo la vida”.

José Alcubierre trabajará en las cocinas del campo. Otros españoles servirán en las oficinas, como Casimir Climent Sarrión, Josep Bailinia y Joan de Diego, empleados en la Politische Abteilung, la oficina policial del campo. Arriesgarán sus vidas para copiar las fichas de los prisioneros españoles y lograr que su identidad no desaparezca. “Ninguna comunidad nacional surgió de Mauthausen con la autoestima tan alta como ellos”, afirma David Wingeate Pike.

Gusen, el infierno del infierno

De todos los centros satélites que dependían del central de Mauthausen, Gusen era el más terrible. “Gusen era cien veces peor—recuerda Jesús Tello—. Los de Mauthausen éramos unos Hércules comparados con los de Gusen, auténticos esqueletos”.

Si en Mauthausen murieron 348 españoles, en Gusen perdieron la vida 3.893. Los primeros españoles enviados a Gusen son seleccionados el 24 de enero de 1941. Los SS eligen a los más mayores y separan a padres e hijos. “Me tiré a él—recuerda José Alcubierre—. Nos agarramos los dos, nos estrechamos muy fuerte. Y cuando vi que dos SS venían a por mí, le dije: ‘Papá, tenemos que separarnos, me tengo que marchar porque los SS vienen para separarnos’. Me dijo: ‘Sí, tú cuídate mucho, mi hijo’. Yo le contesté: ‘¡No! ¡Cuídate tú, papá, yo me cuidaré, pero tú cuídate mucho’. Y se marchó, lo vi marchar... Se acabó. Y nunca más vi a mi padre”. A ese primer millar de españoles le seguirán cientos y cientos. Con una diferencia: los futuros seleccionados ya saben que nadie

ha regresado de Gusen. “Nos hacían correr—habla Ramiro Santesteban— y, cuando veían que uno no aguantaba el ritmo o cojeaba, decían: ‘Este fuera, para Gusen’”. No todos los hijos son separados de sus padres. En esa primera selección, Francisco Carmona y su hijo Juan, de quince años,

este antiguo sanatorio para ejecutar a los discapacitados austríacos. Ahora emplean sus instalaciones para eliminar a los internos de Mauthausen que ya no pueden trabajar. En ocasiones utilizan un camión convertido en cámara de gas. Asfixian a los prisioneros con el humo del vehículo.

AL PRIMER MILLAR DE ESPAÑOLES LE SIGUEN MUCHOS, QUE YA SABEN QUE NADIE REGRESA DE GUSEN

son enviados a Gusen. Sobreviven hasta noviembre de ese año. Primero morirá el padre y con apenas unas semanas de diferencia el hijo, gaseado en el castillo de Hartheim. Como ellos, otros 439 españoles son asesinados allí hasta octubre de 1942. Desde antes de la guerra, los nazis usan

En Gusen se fallece por agotamiento, por hambre y, como en otros campos, por nostalgia. “Quienes tenían esposa e hijos se acordaban a todas horas de ellos y acababan muertos. Yo—recuerda Francisco Griéguez, preso n.º 4.058 en Mauthausen—, como no tenía a nadie, solo me preocupaba de comer

y de permanecer con vida hasta la noche”. Y, sin embargo, a veces tener a alguien es la diferencia entre morir y vivir. Cada noche, los hermanos Ramos duermen atados con una cuerda. “¿Adónde vas, Manolo?”, pregunta Galo cuando siente un tirón. “Voy a mear”. “Bueno, pues yo voy contigo”, contesta Galo, que sabe que su hermano mayor quiere tirarse a la alambrada electricificada y acabar por fin con su tormento. Galo es uno de los pocos prisioneros que sobrevive a uno de los experimentos que realizan los médicos del campo. Decenas fallecen tras ser duchados con agua fría en plena noche invernal, con temperaturas bajo cero, para comprobar cuánto tiempo tarda en pararse el corazón. El Revier, la enfermería del campo, es, para cientos de españoles, la antesala de la muerte.



© MHC-Fondo Amical de Mauthausen.

EL FOTÓGRAFO Francesc Boix con su cámara colgada del cuello, en Mauthausen tras la liberación, 1945.

No hay testimonios ni documentos que acrediten intentos de fuga de republicanos en Mauthausen o Gusen, donde las medidas de seguridad y el extremo agotamiento de los presos hacían casi imposible huir. Pero al menos diecisiete españoles intentaron escapar de los otros subcampos. Siete murieron en el intento. Los otros diez fueron capturados. La fuga más conocida tuvo lugar la noche del 23 de julio de 1941, en el subcampo de Bretstein. “Aprovechamos la escasa vigilancia y un exceso de confianza por parte de los SS. Nuestro ilusionado objetivo –cuenta Antonio Velasco– era Suiza” (ja 450 kilómetros de distancia!). Su huida duró un mes y medio.

Y, sorprendentemente, no fueron ejecutados tras su captura. La noche del 5 de abril de 1942 se produce una nueva fuga, esta vez en el campo de Vöcklabruck. Los tres españoles –Joan Adelantado, Francisco López Bermúdez y Agustín Santos Fernández– también intentan llegar a Suiza. Los detienen a apenas 30 kilómetros de la frontera. Pese a ser enviados a comandos de castigo, Joan y Agustín resistirán los tres larguísimo años que aún quedan hasta la liberación de Mauthausen.

Las fotografías del horror

“El tribunal recuerda que, durante la exposición de las pruebas de mis colegas

americanos, se planteó la cuestión de saber si Kaltenbrunner [director de la Oficina Central de Seguridad del Reich] había ido a Mauthausen –explica el fiscal francés Charles Dubost–. Pues bien, yo apporto el testimonio del señor Boix, que debe demostrar que Kaltenbrunner estuvo en Mauthausen. Tiene fotos de esa visita y el tribunal va a verlas”. El tribunal es el Tribunal Militar Internacional de Núremberg, que desde el 20 de noviembre juzga a los pocos jerarcas nazis que no se han suicidado. Esa tarde del 28 de enero de 1946, el testimonio de Francesc Boix va a ser fundamental para demostrar los crímenes cometidos en Mauthausen. Porque Boix, como afirma el fiscal Dubost, aporta al juicio 18 fotografías, incluida una de la visita que Himmler hizo al campo el 27 de abril de 1941. Una imagen en la que posa junto al director del campo, Franz Ziereis, y... Ernst Kaltenbrunner. Una fotografía tomada por el servicio fotográfico de Mauthausen y salvada de la destrucción gracias a la valentía de un puñado de prisioneros españoles. Francesc Boix llegó a Mauthausen el 27 de enero de 1941, junto a otros 1.505 españoles. Fue el segundo español en ser incorporado al Erkennungsdienst, el ser-

LOS DOS ESPAÑOLES DEL SERVICIO FOTOGRÁFICO DEL CAMPO QUISIERON DOCUMENTAR LOS CRÍMENES EN SECRETO

vicio fotográfico del campo, que dirigía Paul Ricken, y donde ya trabajaba Antonio García. La relación entre ambos fue mala. Por separado, los dos se marcan un objetivo secreto: guardar una copia del mayor número de fotografías que documenten los crímenes nazis. Arriesgando sus vidas, García escondió 200 copias en papel; Boix, 20.000 negativos, según su testimonio en Núremberg, aunque no se conozcan más de mil. “García –escribe David Wingeate Pike– empezó su colección casi desde que llegó al Erkennungsdienst y mantuvo esta actividad hasta el día en que lo abandonó para ir al Revier: un período de casi cuatro años. Guardar las fotos escogidas



ESPAÑOLES del comando Poschacher (arriba a la izqda., Alcubierre) con A. Pointner y sus hijas.

© MHC-Fondo Amical de Mauthausen.

en un lugar oculto durante todo este tiempo habría destrozado los nervios de cualquiera. Boix, por su parte, se aprovechó de la especial situación de Mauthausen en los últimos meses o días”.

Si los negativos se salvaron de ser destruidos fue gracias a la intervención de los adolescentes del convoy de Angulema que, desde mediados de 1943, trabajaban en la cantera de Anton Poschacher. “Nos vistieron de civil, pero nos pintaron dos rayas rojas en la camisa y nos raparon una línea en la cabeza, para que fuésemos rápidamente identificables si nos escapábamos”, recuerda Félix Quesada. Los jóvenes salen y entran regularmente del campo, así que Boix recurre a ellos. “Teníamos mucho miedo –recuerda José Alcubierre–, si nos cogían con las fotografías nos mataban [...]. Tuvimos la suerte de que aquel día no nos registraron”. Ocultan las fotos en la cantera, pero cuando la empresa cierra necesitan un nuevo escondite. La ayuda de Anna Pointner, vecina del pueblo, es decisiva. “Para mí fue como una madre,

mi segunda madre”, dice Félix Quesada, que recuerda cómo le daba su almuerzo cada vez que le veía cuidando el jardín de los Poschacher. Anna ocultará los negativos hasta la liberación de Mauthausen. Podemos revivir ese momento tan especial gracias a las fotos que hizo Francesc Boix. “Vivir una liberación es como un río que se desborda y que nadie puede contener –cuenta Pablo Escribano–. Estábamos condenados a muerte porque era un campo de exterminio y, de golpe y porrazo, teníamos la libertad y la vida”. En la noche del 3 al 4 de mayo, los SS dejan el campo en manos de los bomberos de Viena. La primera unidad estadounidense llega el 5 de mayo, pero no se queda en el campo. Cuando regresan les recibe una gran pancarta sobre la puerta principal: “Los españoles antifascistas saludan a las fuerzas liberadoras”, dice en español, inglés y ruso. Boix fotografía la entrada de los estadounidenses en un campo que durante unas horas han controlado los prisioneros. “Hubo muchas venganzas –afir-

ma Eusebio Pérez–. Un español que había sido *kapo* de barracón en Gusen fue asesinado delante de mí. Había hecho barbaridades [...] se transformó en uno de ellos”. Solo sobreviven 73 de los 490 hombres del convoy de Angulema. La mayoría no ha cumplido veinte años. Se han hecho hombres en el infierno. ■

PARA SABER MÁS

ENSAYO

ARMENGOU, Montse y BELIS, Ricard. *El convoy de los 927.* Barcelona: Plaza & Janés, 2005.

BERMEJO, Benito. *El fotógrafo del horror. La historia de Francisco Boix.* Barcelona: RBA, 2016.

HERNÁNDEZ DE MIGUEL, Carlos. *Los últimos españoles de Mauthausen.* Barcelona: Ediciones B, 2015.

WINGEATE PIKE, David. *Espanoles en el Holocausto.* Barcelona: Debolsillo, 2015.

INTERNET

Amical de Mauthausen.
amical-mauthausen.org